

## CIPRIANA, LA MAESTRA DE ORÚS QUE FUE SECRETARIA DE GABRIELA MISTRAL

Enrique Satué Oliván-2011

Son muchas las maestras que dejaron su impronta en las aldeas del Pirineo. El hecho ha sido reflejado tanto en la literatura como en los ensayos para hacer siempre hincapié en la dureza y en la humanidad de sus vivencias. Eran mujeres de clase social media baja, generalmente urbanas, algunas de ellas eran muy jóvenes y no estaban acostumbradas a la dura vida en las aldeas perdidas: sin luz, sin agua corriente y, sobre todo, sin un marco social acorde a su origen. Muchas de ellas son recordadas con enorme agradecimiento. Tal vez haya sido la sevillana Rosario Algarín Márquez, que llegó en medio de una gran nevada a Escartín, en pleno Sobrepuerto, a comienzos de enero de 1951, la que más haya trascendido por el sublime escrito que dejó plasmado en el zaguán de su querida escuela.

Tres años más tarde que doña Rosario dejara Escartín para volver a su querida tierra, en el año 1964, llegaría a Orús Cipriana Aventín Llanas, una mujer de amplias vivencias y poseedora de una sensibilidad especial que no pasaría desapercibida.

Di con su historia cuando a finales del siglo pasado realizaba investigaciones para escribir el libro *Caldearenas. Un viaje por la historia de la Escuela y el Magisterio rural* (2000). Me hablaron de ella las maestras Merche Laborda Berges y Antonia Miranda Cajal, que habían sido compañeras suyas al regentar, respectivamente, las escuelas de Sobás y Yebra. Aún pude entrevistarla una tarde del año 1995 en su piso de la avenida Ramón y Cajal, nº 34, de Huesca para, posteriormente, visitar la escuela abandonada de Orús y hablar con algunos de sus antiguos alumnos.

De aquellas vivencias nació el hecho de “ubicar” en dicha escuela *As crabetas. Libro museo sobre la infancia tradicional del Pirineo*. Como se comprobará, había razones de peso.

Remato esta introducción con el inicio de unas notas manuscritas que solicité a Antonia Miranda hace unos años para poder hacer este trabajo. No pude hacerlo con Merche Laborda, porque ya había fallecido.

“Este es el relato de un encuentro en Orús con una persona maravillosa, maestra y secretaria que había sido de la premio nobel chilena Gabriela Mistral.

En el año anterior, en 1967, me había comprado las obras de los premios nobeles de literatura que, de modo resumido, se habían editado. Había leído y releído la obra de Gabriela Mistral con sumo placer y cuál no sería mi sorpresa cuando al ser destinada a Yebra (...)”

La sorpresa que sintió Antonia es la que ahora vamos a comentar y justificar.

\*\*\*

Cipriana Aventín Llanas había nacido en Morillo de Liena el 16 de septiembre de 1910. Era la segunda de cuatro hermanos que, por orden de nacimiento eran: José María, Cipriana, Felisa y Carmen, también maestra y casada. Su padre, Joaquín, era carpintero, y su madre, también llamada Cipriana, emparentada con la familia Llanas de Huesca, era maestra, una gran lectora y se jubiló en Torres del Obispo en 1935. De los progenitores heredaría Cipriana buena parte del sentido artístico y “eco-artístico-religioso” de su vida.



Cipriana Aventín, con 89 años, en el documental de Eugenio Monesma “Tareas de antaño. El maestro rural” (1999)

José María Aventín Llanas, su hermano mayor, conocido como el “escultor de rostros”, poseía un exacerbado sentido religioso y austero de la vida. Fue discípulo de Ramón Acín y se retrataron con distintas técnicas mutuamente. Tras trabajar como ebanista en Huesca y colaborar con el escultor Felipe Coscolla en la factura de pasos de semana santa, fue becado, con el aval del maestro Acín, por la Diputación Provincial, para realizar estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Allí sería donde entrara en contacto, a través de las tertulias de los cafés Gijón, Pombo, María Cristina o Recoletos con la élite intelectual del momento, hecho que, seguramente, permitiría a su hermana Cipriana conocer a Gabriela Mistral.

Entre el legado de José María Aventín, calificado como la mejor colección de retratos de la escultura aragonesa del siglo XX, cabe destacar los de sus padres, Joaquín y Cipriana, que podemos observar en el Espacio Pirineos de la villa ribagorzana de Graus. De la época de su regreso a Huesca, en la segunda mitad de los años sesenta, se conservan numerosos retratos de las familias acomodadas oscenses y un medallón que en 1968 le encargó el ayuntamiento de Huesca para honrar la obra de Walt Disney, en el parque, junto a la casita de Blanca Nieves y a un mosaico de Luciano Vallés.

De la época madrileña destaca el busto realizado al presidente Manuel Azaña, lo que de nuevo demuestra con fuerza, la calidad de los contactos humanos que adquirió, en algunos momentos de su vida.

De su hermana Carmen, casada con maestro, sabemos que ejerció por la Ribagorza, y de su hermana Felisa, que permaneció soltera y muy vinculada a su hermana Cipriana, en la villa de Graus. En la actualidad los cuatro hermanos han fallecido, produciéndose el óbito de esta última en febrero del año 2007, a la edad de 97 años.

\*\*\*

A parte de los testimonios, los documentos nos configuran el camino hecho por nuestra protagonista como maestra. Por el expediente nº 2489 del Archivo Histórico Provincial de Huesca, sabemos que cursó en la Normal de Huesca el plan de estudios de Magisterio de 1914, al que se accedía con una edad mínima de catorce años cumplidos, a través de un examen de ingreso, para cursar cuatro años de carrera donde primaban los contenidos sobre la didáctica.

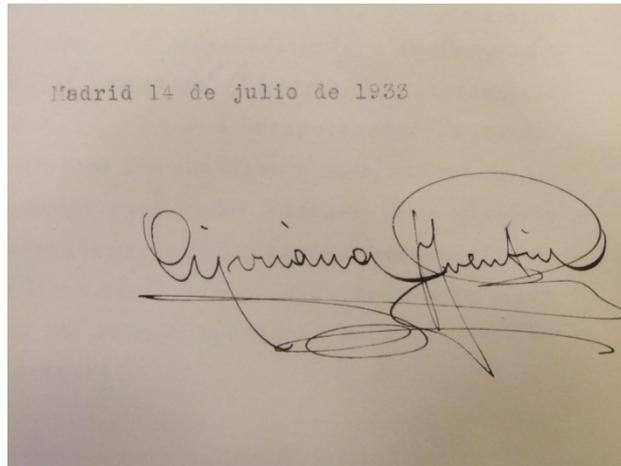
Cipriana ingresó con diecisiete años en 1928 y en el examen de entrada desarrolló el tema 112, que se ocupaba del periodo histórico de España que iba de las invasiones bárbaras a la derrota de Don Rodrigo por las huestes “árabes”. En su expediente no obtuvo suspenso alguno pero predominaban ligeramente los aprobados sobre las notas destacadas. Estas ya nos hablan de su cosmovisión personal pues correspondían a la religión y las cuestiones manuales y domésticas, además de la pedagogía, la didáctica, el francés, la geografía, la historia y la literatura. Obtendría el título de maestra el 6 de julio de 1932 para, al año siguiente, trasladarse a Madrid, seguramente atraída por la protección que suponía la presencia de su hermano José María en la capital y con la intención de seguir los estudios, como refleja la instancia que figura en su expediente, por la que solicita el título de magisterio primario para poder acceder a la carrera docente a través de los cursillos que había arbitrado la II República para los maestros del Plan 14.

En este sentido, en la entrevista que le hizo Eugenio Monesma, en 1999, para el documental “Oficios perdidos. El maestro rural” –gentilmente facilitada por él-, Cipriana señalaba que había ido a Madrid con una amiga para hacer oposiciones. En realidad lo que dejaba traslucir es que, amparada por la presencia de su hermano José María en la capital, pretendía realizar los cursillos -desarrollados a través de las normales de magisterio, las universidades y las prácticas escolares- que la II República había implantado para el acceso a la docencia de los maestros anteriores al plan de formación conocido como Plan Profesional. Sin datos claros, lo que parece es que los cursillos los haría entre Madrid y la Normal de Huesca, y las prácticas en la escuela de Bisaurri, en la Ribagorza oscense, desde marzo del 36 a junio del mismo año, a punto de estallar la guerra.

Su estancia en Madrid duraría poco más de dos años, coincidiendo durante el 33 y 34 con la presencia de Gabriela Mistral en la capital. Durante aquellas fechas residía, nos

figuramos que con su hermano, en la calle Francisco Navacerrada, nº 12, próxima a la plaza de toros de Las Ventas, en una casa de tres pisos, de fachada estrecha y limpia, con aires racionalistas, aunque rodeada de edificios modernistas.

\*\*\*



Firma de Cipriana en la instancia que dirige a la Normal de Huesca para recibir el título de maestra, requisito para ser cursillista e ingresar en la docencia, según los planes de estudio de la II República.

De mi entrevista con Cipriana en Huesca en el año 1995 obtuve más sensaciones que datos. Me llamó la atención una fotografía colgada en la pared, hecha por un maestro, cuando estaba destinada en Ilche, en 1935; Cipriana era muy bella y aparecía en un campo rodeada de corderos.

De cualquier modo, sensaciones y datos encajan perfectamente. La que iba a ser premio nobel de literatura en 1945, la maestra, pedagoga, inspectora de educación y poetisa chilena Gabriela Mistral fue cónsul general de su país en España durante los años 1933, 34 y 35, hasta que fue sustituida por Pablo Neruda al marcharse ella a Lisboa. Y sería en los dos primeros cuando Cipriana entraría en contacto, gracias, seguramente a su inquietud, a las relaciones que poseía su hermano José María en los círculos artísticos y, tal vez, al importante mecenazgo que desarrollaba la embajada chilena entre los artistas más necesitados.

La poetisa chilena vivía de modo sobrio en un piso de la calle Menéndez Pelayo, en el número 11, en el mismo consulado, en el borde del Parque del Retiro y a un cuarto de hora escaso de la residencia de Cipriana. Sobrevivía con un pequeño sueldo oficial, con el apoyo de los círculos feministas, las colaboraciones periodísticas, y algunos escritores como Carmen Conde, pues la escritora no congeniaba con el círculo de García Lorca y

Alberti –más próximos a su sustituto en el cargo, Pablo Neruda que, entonces, residía en Barcelona-.

Su personalidad directa le llevó a varios desencuentros políticos al criticar la obra indigenista que había supuesto la colonización española en América. De porte austero pero señorial, fumadora empedernida, profundamente religiosa, admiradora de la obra divina en la naturaleza y valedora permanente de la infancia, no parece extraño que las casualidades de la vida hicieran que Gabriela Mistral propusiera a Cipriana Aventín el cargo de secretaria del consulado porque, a pesar de las distancias, compartían claves comunes.

De esta interesante relación, Cipriana sólo me dijo: “Durante la República había acabado magisterio y estaba con mi hermano en Madrid. Poseía relación con la embajada de Chile y, allí, estaba Gabriela Mistral. Un día fui a recoger unos libros que había dejado para que me los firmara y me propuso que fuese su secretaria y lo hice hasta que regresé para trabajar de maestra cerca de mis padres, poco antes de comenzar la guerra. Gabriela Mistral me llamaba “Sipriana” con un acento que se parecía al gallego”.

Declaración que concuerda con la que hizo cuatro años después para el documental de Eugenio Monesma donde señalaba que: “Conocí a Gabriela Mistral y un tiempo después me mandó llamar. Era verano y me preguntó si quería ser su secretaria”.

Escuetas declaraciones que podemos ampliar algo al localizar por internet la figura del periodista chileno Luis Enrique Délano, que sustituiría en 1935, en el cargo de la secretaría del consulado a Cipriana Aventín, para ejercerlo tanto con Gabriela Mistral como con el sustituto de esta Pablo Neruda, hasta el comienzo de la guerra. Délano y su obra *Sobre todo Madrid*, publicada en Chile en 1970, habla brevemente, en la página 15, de Cipriana mientras que, a lo largo de la obra, crea una completa estampa del ambiente que reinaba en el consulado, de las figuras de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, así como de los personajes políticos e intelectuales relacionados con ellos. De este modo nos podemos acercar al trabajo y al ambiente que vivió Cipriana, una jovencita maestra de provincias a la que, sin lugar a dudas, aquella experiencia le marcaría toda la vida.

Luis Enrique Délano era un joven e inquieto periodista que, junto a su mujer, la fotógrafa Lola Falcón se propusieron salir de Chile para profundizar en su formación. Hecho que les llevaría a Madrid y al consulado de Chile en la capital.

A pesar de su origen acomodado, ambos sobrevivían sumidos en la precariedad más absoluta, por lo que vieron en Gabriela Mistral y en el consulado una tabla de salvación, de allí que los comentarios que Délano hace de Cipriana no fueran, precisamente, laudatorios, pues iba a sustituirla en la secretaría, mientras que su mujer, Lola, se ocuparía de un sobrino de Gabriela y de las labores domésticas de esta.

Délano dice de Cipriana en la página 15 de su obra: “La secretaria del Consulado se llamaba Cipriana y usaba gafas (...). Un día que Gabriela Mistral le dijo que pusiera en unos documentos, para justificar una visa, que el beneficiario de ella tenía grandes propiedades en la Patagonia, puso que las propiedades estaban en la Polinesia”.

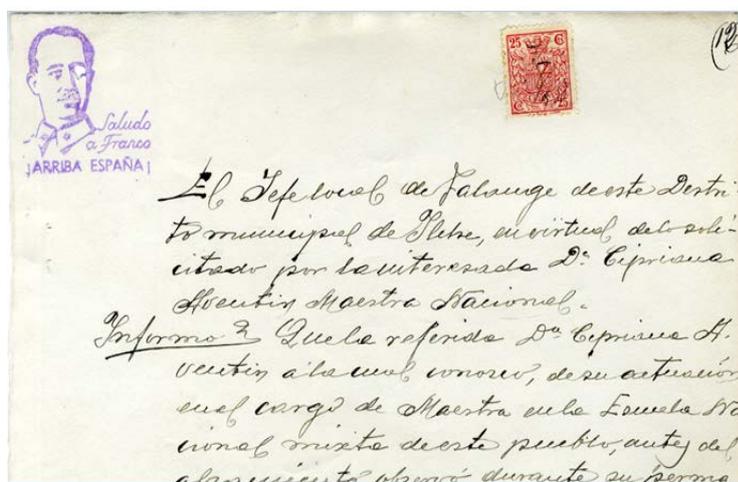
En definitiva, la tilda con rapidez vertiginosa de despistada y no acorde para el cargo que él ansiaba.

La segunda referencia que hace de Cipriana es cuando Gabriela Mistral ordena a esta que telefonee a Américo Castro –personaje habitual entre las visitas que llegaban al consulado- para tratar de resolver con él los problemas que tiene Délano en la universidad para justificar su condición de becario chileno: “- Se me ocurre que el hombre que puede influir en esto es Américo Castro -dijo-. Cipriana, hágame el favor de llamar al Profesor Américo Castro a la Universidad. -Habló con él unos minutos y luego volvió donde nosotros-. Dice que esto se va a arreglar pronto, pero que las becas no serán para estudios artísticos”.

En definitiva, a pesar de la interesada y despectiva visión que Délano tenía de Cipriana, a través de él podemos entrever el enriquecimiento que aquel ambiente supondría para la joven maestra oscense, pues por aquella casa pasaron, estando ella, personajes como el propio Américo Castro, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, el editor Santiago Calleja o la escritora argentina Victoria Campo.

Eso sin contar con el acceso que tendría a la biblioteca de la cónsul, de la que Délano dice lo siguiente: “Con el auxilio de la biblioteca de Gabriela Mistral, leí también un poco de Pérez Galdós, Unamuno, Pérez de Ayala, Baroja, Valle Inclán, Machado, Azorín, Juan Ramón Jiménez, el mago Gómez de la Serna y los jóvenes, sobre todo Alberti y Lorca.”

\*\*\*



Informe del jefe local de Falange del distrito municipal de Ilche (1942)

A través de los expedientes de responsabilidades políticas, que se pueden consultar en el Archivo Histórico Provincial de Huesca (expediente 5790/3) y de los de la Comisión superior dictaminadora de expedientes de depuración del Magisterio (Archivo General de la Administración, facilitado gentilmente por Herminio Lafoz, autor de *Socialismo y Magisterio, la F.E.T.E en Aragón durante la 2ª República. 1931/38*) podemos dibujar el periplo vital y profesional que sufrió Cipriana desde el año 1935 al 39 y las consecuencias que tuvo este en su vida posterior.

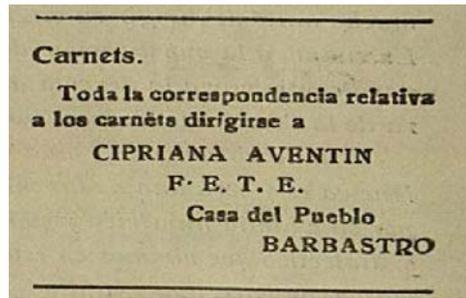
Gracias a esta documentación sabemos que durante un año, hasta marzo del 36, ejerció como sustituta en la escuela de Ilche –junto a Barbastro- que desde esa fecha hasta final de curso lo hizo como interina y cursillista en Bisaurri, que en aquel momento fue requerida por el inspector Ildefonso Beltrán, a instancias de la F.E.T.E, para ejercer en Barbastro y que, finalmente, hasta el avance franquista de marzo de 1938, ejerció en Peraltilla, momento en que dejó su destino para unirse a sus padres y hermanas, que residían en la Ribagorza.

Las vías judiciales seguidas fueron dos, la de incoación de expediente depurador, según la Ley de responsabilidades políticas de 10 de febrero de 1939 y, por razones que desconozco, la de consejo de guerra, celebrado en Barbastro el 27 de marzo de 1942.

El proceso de depuración de la comisión “D”, que se ocupaba del Magisterio, duró un año, desde agosto del 38, en que Cipriana recaba avales con urgencia y dirige una instancia exculpatoria al presidente de la comisión provincial, hasta agosto del año siguiente, en que resuelve la comisión nacional según los informes de la primera. La resolución sería la suspensión de empleo y sueldo por dos años, así como traslado forzoso fuera de la provincia durante cinco años sin poder cambiar de destino e inhabilitación para cargos directivos.

El servicio de información de la comisión provincial recababa datos de alcaldes, sacerdotes, secretarios y guardia civil donde había residido el encausado. Por otra parte este se dirigía a la comisión argumentando lo mejor que podía la exculpación de lo que se le acusaba, adjuntando todo tipo de avales. En general, en el caso de Cipriana, todas los informes hablan de su celo profesional, de su elevada religiosidad, de su moral conveniente, de cómo, de modo privado, censuraba la política seguida por los comités locales, al tiempo que confesaba lo complicado que le resultaba ocultar tanto su ideología como los métodos pedagógicos en los que ella creía. Así, el jefe local de Falange de Peraltilla, en su aval favorable informa que Cipriana, en cierta ocasión, le había confesado que los superiores le exigían que hablara a los niños sobre temas antifascistas y que confeccionara periódicos murales con tendencia comunista, pero que ella no hacía caso y seguía dando clase “como antes de la guerra”.

A Cipriana se le imputaba pertenecer a la F.E.T.E, trabajar en sus oficinas de Barbastro como encargada de la expedición de los carnets del sindicato, colaborar en el semanario de dicha institución y, finalmente, haber sufragado el traslado de un maestro a la Unión Soviética para que aprendiese los principios del sistema comunista.



Anuncio en la revista FETE editada en Barbastro

Frente a todos los cargos argumenta la coacción que sentía a su alrededor; la desconfianza que manifestaban sus compañeros al conocer su religiosidad y por el hecho de mantener, sin ocultarlo, relación con familias de derechas; su honestidad al aceptar el trabajo en el sindicato en Barbastro con la condición de ejercerlo fuera del horario escolar; el que la superioridad había pensado en ella porque sabía escribir a máquina y que si había escrito en el semanario de la F.E.T.E había sido en condescendencia a la invitación de una compañera que valoraba mucho su modo de redactar; hechos que, según Cipriana, obedecían a que se había tenido que disfrazar como lo habían hecho “muchos religiosos y adictos a la causa nacional”.

Por el contrario, el consejo de guerra celebrado en el 42 en Barbastro, cuando estaba a punto de caducar la pena depuradora, añade cargos como el de haber participado en mítines, organizar el Socorro Rojo Internacional en Graus y comarca, y el haber viajado a Valencia como delegada a una concentración de mujeres antifascistas. Afortunadamente, dicho proceso sería sobreseído dos años después.

El caso es que cuando en 1964 Cipriana concursa a las plazas que había en la provincia de Huesca para ser cubiertas por el concurso de méritos de Escuelas rurales (BOE de 18 de agosto de 1964) ella participa con la edad 54 años y una antigüedad de catorce, desarrollada fundamentalmente en Cataluña. Dicho concurso lo realiza desde la situación administrativa de excedente por haber trabajado como institutriz en Vilanova y la Geltrú para la familia Camps.

Finalmente, a partir del periodo de Orús (1964-69) ejercería, hasta la edad de setenta años, en localidades como Palo o Castejón de Sos.

\*\*\*



Orús, 1968. De izquierda a derecha: Antonia Miranda, Cipriana Aventín y Merche Laborda, maestras de Yebra, Orús y Sobás.

Cipriana llegaría a Orús, como maestra rural, en septiembre de 1964, a través de una figura contemplada en el Estatuto del Magisterio de 1947 para cubrir escuelas de difícil provisión por maestros de avanzada edad y perfil idóneo. Y sería por orden de 18 de marzo de 1968 (BOE de 4 de abril de 1969) cuando sería confirmada en el nombramiento, tras las pertinentes inspecciones, justo cuando la escuela estaba a punto de ser clausurada, el 27 de julio de 1969, como consecuencia de los reajustes que supusieron la Ley General de Educación.

Orús, ubicado en la cabecera del valle de Basa y en el arranque de las alineaciones montañosas llamadas Capitiellos, que desde allí llegan hasta Jaca, poseía dos casas y una hermosa iglesia románica. Eran dos casas señoriales. Una, Casa Alta, poseía el apellido Villacampa ya que un antepasado llegó como yerno desde Casa el Señor de Laguarda y otra, Casa Baja, poseía el apellido Montalbán. Ambos edificios, situados como la iglesia alrededor de la plaza, poseían signos de distinción. La primera había sido construida a finales del siglo XIX con claras influencias francesas, visibles en su porte alpino, en las molduras de madera de la fachada y en los vanos ovalados que se abrían bajo el alero. Por el contrario, Casa Baja, era más discreta pero poseía una señorial ventana geminada de arcos conopiales.

Y al este del núcleo, a unos doscientos metros, junto a un enorme nogal, estaba la escuela; donde el llano se precipita sobre el río Basa que, allí, no pasa de arroyo discreto.

Frente a la escuela, a pocos metros de sus ventanales, la umbría de la montaña, cubierta por un pinar denso, creaba un lugar bucólico, extremadamente bello.

El edificio tenía planta rectangular, con un añadido al oeste que servía de lavadero a la maestra. Había sido dividido por medio de un tabique y una pequeña habitación era

utilizada como vivienda por Cipriana. Lo habían costeado nueve vecinos y uno de ellos, Félix Villacampa, de Casa Alta, había puesto el solar. Los contribuyentes para la edificación fueron las cuatro casas del núcleo de Espín, las cuatro de Fanlillo, y la Casa Baja de Orús; es decir, participaron de un modo u otro, las familias de los tres núcleos que enviaban sus hijos, cada día, a la céntrica escuela de Orús.

El edificio había sido terminado poco antes de comenzar la guerra pero, durante la contienda, fue quemada la carpintería y hubo que rehacerla.

A finales de los noventa visité la escuela y observé en ella cómo se entremezclaba la huella de los tiradores de madera, que la había utilizado como refugio, con los últimos vestigios escolares de los años en que ejerció Cipriana, hasta ser clausurada en el año 1969.

En muchos de estos documentos aparece la inamovible firma de la maestra, la misma que plasmó cuando en 1928 ingresó en los estudios de magisterio o en Madrid, en julio de 1933, cuando aspiraba a ser admitida como cursillista o cuando, en 1938, se exculpaba ante la comisión depuradora de los delitos que se le imputaban. La pequeña muestra de documentos que recogí, ahora, con el artículo redactado, los entrego al Museo Pedagógico de Aragón.

Entre aquella documentación destaca el “inventario detallado de los enseres y útiles de enseñanza que se custodian en dicha escuela con expresión de su número y estado de conservación en que se hallan”. Es de febrero del 68 y refleja cómo, todavía, el Nacionalcatolicismo nutre la escuela con una larga lista de objetos, encabezados por el crucifijo, el retrato del caudillo, la bandera nacional, los obras del Padre Manjón y libros como *Santos españoles* o *Glorias imperiales*. Todo ello, bajo el humilde amparo de una estufa con sus tubos, una pizarra y una esfera.

También llama la atención la presencia de *El Educador*, boletín al que estaba suscrito “la maestra nacional Cipriana Aventín”, editado en Huesca por la Librería Casanova, y que recogía puntualmente todas las noticias que afectaban al magisterio de la provincia, como, por ejemplo, en el año 1966, el proyecto de creación de Escuelas Hogar en Huesca, Barbastro, Jaca y Boltaña, “ante el problema de las escuelas suprimidas y la población diseminada”.

Otro documento que repite su presencia es el *Boletín-circular de la Inspección de enseñanza Primaria de la provincia de Huesca*, que también señala el devenir del mundo educativo y que, por ejemplo, durante el curso 66-67 muestra la naciente sensibilidad hacia el mundo de la Educación Especial o hace énfasis en el seguimiento del programa *Radio Escuela* de Radio Nacional de España.

Finalmente, poseen un elevado interés etnopedagógico las “Pruebas que deben realizar los alumnos de quinto curso para promocionar al sexto”, cuadernillo de seis hojas, enviado por Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Enseñanza Primaria, Centro de Documentación y Orientación Didáctica, y que constan de

apartados de escritura, lenguaje, matemáticas, conocimientos, dibujo y hábitos y destrezas.



Sello oficial de la escuela de Orús y dibujos libres hechos por los alumnos en las pruebas de promoción durante el periodo de la maestra Cipriana Aventín

Dichas pruebas no sólo reflejan el nivel educativo conseguido en la escuela sino que muestran la cosmovisión de la maestra. En este sentido, llama la atención que Cipriana, en la prueba realizada el 3 de julio de 1968, en el apartado “1.2” de ortografía, efectúe un dictado de siete líneas sobre un fragmento de *Las Moradas* de Santa Teresa de Jesús -“Nuestra alma es como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal a donde hay muchos aposentos...”- o que en el apartado “1.1” de redacción, el niño Ángel Ara Malo, de once años, narre con una perfecta letra, escrita a pluma, un supuesto viaje a Méjico, fruto, seguramente de lo que les contaba Cipriana, influenciada, a su vez, por lo que Gabriela Mistral debió narrar a esta sobre su estancia en dicho país, en 1922, invitada por el ministro mexicano José Vasconcelos para colaborar en la revolución cultural que se estaba llevando a cabo.



A la derecha del núcleo de Orús, separados, el nogal y la escuela.

Esto es lo que nos refieren los documentos sobre la estancia de Cipriana en Orús, el resto lo he recogido a través de lo referido por los alumnos y las compañeras.

En Orús, hasta la llegada de Cipriana, se tenía la idea de que, por ser un mal destino, las maestras apenas duraban un curso. La memoria popular retiene todos sus nombres desde la posguerra: Julia Valiente, de Teruel; Luisa Badiola de Salamanca; Gloria Abril, de La Paúl (Huesca); Ascensión Alastruey, de las inmediaciones de Huesca; Don Paco, de Yebra; Doña Paquita, de Huesca; Maria Josefa, del Puente de Sabiánigo y, finalmente, ella: Cipriana Aventín Llanas.

Todos coinciden en remarcar su acendrado sentido religioso que, junto a su sentido austero de la vida y sus viajes a Fátima (Portugal) o la virgen de Chestokova (Polonia) hicieron pensar a algunos sí, en realidad, profesaba en alguna orden religiosa.

Cipriana veía a Dios en todas partes. Cualquier flor o fenómeno natural era un reflejo de su presencia. Por eso era experta en sanar a través de los frutos silvestres que recogía, del uso del diente de león, de la tila, la manzanilla, el tomillo, el ajo y la cebolla. Al tiempo que hacía extensible su fe en la naturaleza a la higiene, pues se lavaba el pelo con limón, utilizaba el aceite en lugar de cremas, y para fregar lo hacía con agua de cebolla. Conocimientos que, según un antiguo alumno, hicieron que la maestra le curase una pierna en nueve días.

Estas facultades llevaban a Cipriana a efectuar muchas salidas con el alumnado para desarrollar su sentido observador, a cultivar un huerto entre la escuela y la abadía, a vivir de modo austero con la compañía de una ardilla –un *equirgüelo*, como se dice en la zona-, a ser sobria en el vestir, amante de la lectura y de la radio, y a ser afable y gran conversadora.

Vivió con tanta intensidad Cipriana en Orús que, una vez clausurada la escuela, en 1969, siguió yendo en verano para pasar unas semanas en su viejo destino y en el mismo edificio en que lo había hecho durante cinco años.

\*\*\*

En definitiva, Cipriana Aventín Llanas, constituye un caso singular dentro de la pléyade de maestras rurales que asistieron al desguace de la sociedad tradicional del Pirineo.

Cariñosa con los alumnos y las familias, supo acomodar, en todos los destinos que obtuvo, su acendrado sentido religioso a través de la ejemplaridad y el sentido ecológico.

Además, llama poderosamente la atención cómo los azares de la vida pusieron en contacto a Cipriana con Gabriela Mistral. Separadas por veintiún años de edad, un océano, una cultura, una formación y un estatus, compartieron muchos trazos de una cosmovisión. Aspecto, tan cierto, que nos lleva a afirmar que el espíritu de Cipriana o el de Gabriela –qué más da- impregnará por muchos años las piedras de una escuela, hoy

abandonada, en la cabecera del Valle de Basa y el pensamiento de los que, de un modo u otro, se acuerden de ellas.

*“La maestra era pobre. Su reino no es humano/(...)/ Vestió sayas pardas, no enjoyaba su mano/ !y era todo su espíritu un inmenso joyel!”*

(Del poema “La maestra rural”, de Gabriela Mistral)

